



"¿Me amas?" Cuando Jesús te espera en la orilla

por Daniel Urdaneta

Después de una noche infructuosa de pesca, siete discípulos se encontraban en la orilla del mar de Tiberíades, probablemente cansados, confundidos, y con el corazón aún revuelto por todo lo que había pasado: la traición, la cruz, el sepulcro vacío... y las apariciones del Resucitado.

Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo (Santiago y Juan) y otros dos discípulos no identificados pero que probablemente eran Andrés y Felipe, estaban juntos. Quizás buscando consuelo, compañía, o simplemente volver a lo que sabían hacer: pescar.

Pero Jesús los esperaba. No en el Templo, no en una sinagoga, ni siquiera en Jerusalén. Estaba en la orilla. Y les preparaba desayuno.

Después del desayuno, Jesús hace algo profundamente personal: llama a Pedro aparte y le pregunta: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?"

No fue una pregunta casual. Era una herida que Jesús iba a tratar con precisión quirúrgica. Pedro, el que lo negó tres veces, ahora tiene que afirmar su amor tres veces. Pero lo que duele más no es el recuerdo de la traición, sino el tipo de amor que Jesús le pide:

En griego, Jesús usa primero "agapás" (amor total, sacrificial).

Pedro responde con "filo" (afecto, amistad sincera).

La tercera vez, Jesús baja al nivel de Pedro y pregunta:

“¿Me quieres?” (filo)

Pedro se entristece. No porque Jesús repita la pregunta, sino porque parece dudar de su amor. Pero Jesús no busca humillar. Busca restaurar. Y luego le da un llamado: “Apacienta mis ovejas”.

No estaban los once. Solo siete. ¿Por qué? Porque Jesús les había dicho que lo encontrarían en Galilea (Mateo 28:7) y ellos siete obedecieron rápidamente. Galilea estaba a 6 días de camino desde Jerusalén. También se pudiera pensar que quizás algunos de los siete eran los que necesitaban una restauración especial:

Pedro por su negación.

Tomás por su incredulidad.

Natanael por sus dudas iniciales (“¿De Nazaret puede salir algo bueno?”).

Santiago y Juan, los “hijos del trueno”, que antes querían tronos.

Todos nosotros, en algún punto de nuestra vida, regresamos a pescar. A lo conocido. A lo cómodo. Cuando el dolor es demasiado, cuando la fe se tambalea, cuando no sabemos qué hacer... volvemos a lo de antes.

Y entonces Jesús aparece. En la orilla. Sin reproche. Con pan, con pescado. Con fuego. Y con una pregunta: ¿Me amas?

No es una evaluación doctrinal. No pregunta: “¿Me entiendes?”, “¿Me obedeces?”, “¿Te arrepientes ya?”

Solo pregunta: ¿Me amas?

Y si lo haces, aunque sea con un amor débil, avergonzado, quebrado... Él te confía algo eterno: “Apacienta mis ovejas.”

Hoy, Jesús sigue apareciendo en las orillas donde estás tú: en tu trabajo rutinario, en tu noche sin pesca, en tu vergüenza por haberle fallado.

Y sigue preguntando: “¿Me amas?”

No importa cuánto sepas, o cuántas veces hayas caído. Si estás dispuesto a amarlo, Él está dispuesto a restaurarte y enviarte.

Y quizás tú no seas Pedro, pero aún puedes alimentar ovejas. Puedes cuidar a alguien. Puedes amar a Jesús sirviendo a los que Él ama.

Dios nos bendiga a todos.